

Proponemos aquí dos textos de Saúl Karsz, el filósofo y sociólogo dedicado a la reflexión sobre el Trabajo Social cuya obra ya hemos presentado en el primer número de *Los trabajos y los días*.<sup>1</sup> El Trabajo Social (TS) es una disciplina tensionada por las exigencias de la práctica y la necesidad de una profunda reflexión teórica. Asumiendo esa tensión, Karsz emprende el análisis de dos nociones como la ayuda y la ética, relevantes para el TS argentino dada su asunción de un proyecto “ético-político”.

La “ayuda”, es definida por Karsz como una “relación interpersonal socialmente articulada”. En esta relación las personas involucradas, el “ayudante” y el “ayudado” -nombres aparentemente evidentes-, determinan su acción según modelos sociales disponibles; modelados con la concepción de preponderancia *cari-tativa* o con la preponderancia del *hacerse cargo*. A partir de ahí el autor se dedica a caracterizar cada uno de los modelos mostrando sus dificultades.

Ese recorrido nos permite comprobar que las buenas intenciones de una “incontenible vocación” no bastan para producir la deseada ayuda. Con esas intenciones se corre el riesgo de articular una relación que legitime una jerarquía entre la posición de ayudado (*inferior*) y de ayudante (*superior*), en la que la intervención de la asistente o trabajadora social termina por reproducir los orígenes sociales de los ocupantes de cada posición. Frente a ello recordamos la inquisitoria de Legardón: “¿Y vos... quién sos para ayudar?”, y la serena respuesta estudiantil: “elegí esta carrera para hacerlo”.

Estas observaciones conceptuales nos convocan también a pensar características más específicas de nuestro ámbito académico, pues cientos de ingresantes a la Facultad de Trabajo Social no dudan en mentar a la *ayuda* como el motivo de la elección de la carrera. Respecto del campo más amplio de lo social, los modelos relacionales de la ayuda pueden ponerse en contacto con los dilemas generados por las políticas sociales focalizadas y, en particular, con las restricciones que las estructuras estatales imponen al trabajador social, sea éste designado o no *ayudante* de un

1- Lozano, Juan Ignacio, “Algunas reflexiones sobre puntos nodales en la obra de Saul Karz” en *Los trabajos y los días*, 1, 2009, pp. 107-113.

correlativo *ayudado*. Finalmente, el texto puede motorizar el interrogante sobre qué hacer con el despliegue del ayudado que apela a diversas prácticas y discursos críticos sobre los efectos concretos que en su situación acarrea el capitalismo. En efecto, cómo pensar esa relación cuando el ayudado está inscripto en las variopintas herramientas organizativas –e ideológicas– con las que afronta el conflicto social.

Respecto de la “ética”, lo primero que debemos advertir es que la ambigüedad del término, socialmente constituida, permite que se encuentre en boca de todos: desde las grandes empresas (como el Laboratorio Bagó que asegura “Ética al servicio de la salud”), pasando por la justificación de decisiones estatales, hasta aquellas “pequeñeces” juzgadas como “poco éticas”. Sobre los problemas de esa proliferación Karsz nos ofrece una observación que conecta los dos textos: “la buena conciencia prevalece, lo que permite a sus adeptos no sentirse subjetivamente culpables, incluso cuando son objetivamente responsables”. De ahí que nuestro autor señale que la prioridad no es definir la Ética, sino interrogar qué es lo que ella permite ver de lo real y qué es lo que vuelve difuso.

En la medida en que la desacralización de nuestras sociedades impide la existencia de leyes que, con un carácter divino y exterior a los hombres, prescriban normas de conducta, vivimos interpelados por la pregunta sobre cómo fundamentar la ética. Karsz se detiene en el modelo de fundamentación ético dominante, el consenso, para mostrar los elementos que allí se ocultan y los problemas del relativismo. A pesar de reconocer la relatividad a cada situación del referente ético y la imposibilidad de establecer una lista de valores positivos que antecedan a las formaciones histórico-sociales, nuestro autor no está dispuesto a renunciar a pensar la acción humana en términos éticos, esto es, en términos de sus inevitables compromisos ideológicos y políticos.

Mientras que con frecuencia se impone sobre la ética un fuerte relativismo que facilita que las normas devengan indeterminadas, adaptables y consensuales, otros la fundamentan en la acción comunicativa, como Habermas, o en cambio exigen, como Alain Badiou, una ética donde se defina un proceso cuya verdad sea trabajada en una situación concreta, lo que supone una fidelidad a ese proceso. Por su parte, Saül Karsz afirma que lo que está en juego no es **la** ética sino **una** ética, y la refiere al TS: “No es la ética que divide a los trabajadores sociales, los psicoanalistas o los médicos, los liberales y los socialistas, sino corpus éticos particulares, partidos obligatoriamente singulares. No es tampoco la ética que puede reunirlos, sino, siempre, ciertas éticas fechadas y localizadas”. Creemos que así podemos entender lo imprescindible de explicitar la articulación de nuestra ética con las opciones ideológicas y –más aún– con los proyectos de sociedad que efectivamente sustentamos.